

oposición de la vida del cuerpo y la del alma. Estando el primero rebajado y despreciado no se atreve á mostrar ni su acción ni sus órganos; se les oculta; el hombre debe parecer sólo espíritu. En Grecia no se enrojece de nada y se halla bello todo lo que es natural. Los ojos sin pupilas de aquella estatua son los que convienen á su cabeza inexpresiva; su divina serenidad no tiene necesidad de ver. Poco á poco, contemplando la estatua, se adivina su alma; uno se acuerda de la seriedad profunda y la vaga mirada de los caballos de raza noble que pacen la hierba y se detienen un instante para levantar la cabeza y mirar al viandante que pasa. Una vida sorda se desarrolla silenciosamente en este espíritu calmoso; no razona, sueña; lentas imágenes pasan ante él como procesión de nubes ante el luminoso azul del cielo. Pero considérese el óvalo puro y arrogante de este rostro y se verá que este joven que reposa es un soldado de Pericles y un discípulo de Platón.

M. Michelet

EL RENACIMIENTO (1)

M. Michelet, en su gran obra la *Historia de Francia*, ha escrito la época más notable del siglo XVI; y aunque este sería momento oportuno para juzgar su obra, creemos más conveniente definir al autor.

Dice Kant que nuestras ideas provienen en parte de las cosas y en parte de nosotros mismos; que los objetos impresionan nuestro espíritu y hallan en él una forma innata: que este modelador original altera la imagen recibida, y de aquí que nuestra verdad no sea la verdad.

Se vió que tal doctrina era una suposición en la filosofía y se ve que es una regla en la crítica. Nuestras facultades, nos dirigen; nuestro talento nos equivoca ó nos instruye; nuestro instructor primitivo nos sugiere, ya nuestros errores, ya nuestros descubrimientos. Analizar un espíritu, es desenredar en abreviado y por adelantado sus descubrimientos y sus errores.

M. Michelet es un poeta, un poeta de la gran especie, y, como tal, se apodera de los conjuntos y les

(1) Tomo VII de la *Historia de Francia*.

hace abarcar á su vez á ellos. Esta imaginación tan impresionable, es afectada por los hechos generales lo mismo que por los particulares, y simpatiza con la vida de los siglos lo mismo que con la de los individuos; ve las pasiones de una época entera tan claramente como las ve un hombre, y pinta con tanta vivacidad la Edad Media ó el Renacimiento, como á Felipe el Hermoso ó á Francisco I. Aquella multitud de imágenes brillantes, de movimientos apasionados, de anécdotas picantes, de reflexiones y referencias, están manejadas por un pensamiento directo, y la obra entera, como un ejército entusiasta, se dirige por un solo impulso hacia un fin único.

Este impulso es conductor, y en vano se querría resistirle, y hay que leer hasta terminar. El libro logra asir el espíritu del lector desde la primera página, y á despecho de las repugnancias, las objeciones y las dudas, permanece dueño de la atención, y no la deja. Está escrito con una pasión contagiosa, con frecuencia malsana, que hace sufrir al lector, y sin embargo le encanta. Se queda uno admirado de sentirse conmovido por movimientos tan bruscos y tan potentes, y quisiera uno recuperar la serenidad del razonamiento y de la lógica, pero no le es posible; la inspiración se comunica á nuestro espíritu y le arrastra; se recuerda el diálogo en que Platón pinta al dios atrayendo hacia sí el alma del poeta, y el poeta atrayendo hacia él las almas de los que le escuchan, como una cadena con los anillos imantados, que se comunican unos á otros la virtud magnética, y son elevados muy alto en el espacio, enlazados uno con

otro, y suspendidos al primer imán. Ningún poeta ejerce mejor que Michelet este encantador dominio; cuando se comienza á pensar por primera vez, y se le halla, no se puede pasar por otro punto que aceptarle por maestro; está constituido para poder seducir y gobernar las inteligencias que comienzan á desenvolverse, y él lo ha probado.

¿En qué consiste tal omnipotente encanto, y mediante qué acentos afecta tan profundamente los corazones? En él viven muchos poetas, cada uno de los cuales percibe un aspecto diferente de la vida humana, y todos ellos se reúnen en una especie de coro armonioso para cantarla en su conjunto y expresar todas las bellezas. Tiene inclinaciones vagamente panteístas, y parece oír dentro de sí mismo un eco de las gigantescas epopeyas con que los poetas indios celebran el rejuvenecimiento del dios universal. «En Salerno, Montpellier, por entre los árabes y los judíos, y por entre los italianos y sus discípulos, realizábase una gloriosa resurrección del dios de la Naturaleza. Enterrado, no desde hacía tres días, sino desde hacía mil doscientos años, había sin embargo abierto con empuje de su frente la piedra que cubría su tumba, y se había remontado vencedor é inmenso, con las manos llenas de frutos y de flores, el Amor, consolador del mundo. Los moros habían descubierto los poderosos elixires de vida que la tierra envía de su seno fecundo, por los más sencillos medios, al hombre, su hijo, y que son acaso su vida maternal. La ternura de este dios madre, que no sabe uno cómo llamar, estalla desbordante por el hombre.

Viéndolo débil, vacilante, que no podía ir á ella, ella se lanza hacia él, como madre amantísima y nodriza compasiva, para sostenerlo en sus brazos.»

Esta intuición oscura de las cosas naturales, esta turbación mística de los sentidos, esta resurrección involuntaria de las grandiosas y fantásticas imágenes del viejo Oriente, no impiden á la admiración mágica del autor ver de nuevo «la noble, serena y heroica antigüedad», y pintar con claridad muy admirable las puras líneas de la Grecia artista y encantadora. «La antigüedad parece joven—dice Michelet—por su gracia singular y una profunda armonía con la ciencia naciente. Una sangre más cálida, una llamarada de amor viene á nuestras viejas venas con el vino generoso de Homero, de Esquilo y de Sófocles; y no menos viril que encantador, el genio griego guió á Copérnico y á Colón.» Se hace sin esfuerzo este autor el contemporáneo de las civilizaciones y de los hombres; los sentimientos de unas y otros pasan á él al instante; su alma se conmueve y vibra como una lira al tono de todas las pasiones y de todos los dolores; cuando habla de Virgilio, su prosa toma seguidamente la armonía de los versos de Virgilio, y su corazón la tristeza de este poeta. No diré que haga la historia, sino que ella misma se forja en él; los cantos y los pensamientos de otros se reforman en sus libros y en su espíritu, sin que él se lo proponga; recuerda en su propia persona al Sér universal del cual nos habla en todo momento, que toma todas las formas, y que permanece el mismo, siendo todas las cosas, y que donde penetra lleva consigo la vida y la be-

lleza. «¡San Virgilio—se ha dicho—, rogad por mí! Yo tenía esta frase escrita en el corazón mucho antes de saber que otros hombres la habían dicho en el siglo XVI. ¿Y quién mejor que yo tiene el derecho de decirla, yo que estoy educado bajo vuestro genio, que no recibí durante mucho tiempo más alimento para mi espíritu que la antigüedad expresado por vuestra voz; yo que viví por vuestra lactancia, antes de beber en Homero la sangre, la leche y la vida? Mis horas de melancolía en la juventud, las pasé cerca de vos; en la vejez, cuando tristes pensamientos vienen á mí, vuestros ritmos amados cantan aún en mis oídos; la voz de la dulce Sibila basta para arrojar lejos de mí la triste silueta de los malos ensueños.»

¿Es posible, cuando las figuras se trazan tan vivamente en la imaginación inflamada, conservar el tono de la conversación? No; el autor acaba por creerlas reales, las ve venir, las habla y escucha sus respuestas; el diálogo y el drama entran, pues, por todas partes en el campo de la historia; el marco estrecho de la narración es quebrantado; los apóstrofes, las exclamaciones, todos los movimientos de la inspiración, el dítirambo, las maldiciones, las confidencias personales y las exhortaciones, acuden en tropel; la historia se transforma en poema; y aun consintiendo el historiador limitarse algunas veces á la pura narración, su aliento no se debilita. Las imágenes son tan vivas, los giros tan rápidos, los atrevimientos de la invención tan felices y violentos, que parece que los objetos renacen con los vivos colores que tuvieron, con sus movimientos y sus formas, y pasan ante nosotros co-

mo una fantasmagoría de figuras luminosas. Los hechos más insignificantes, un detalle de costumbre, una anécdota, se anuncian de tal modo que cree uno contemplar una especie de visión fantástica cuando oye narrar al historiador «de qué manera, en 1500, Alde abandona las dimensiones usadas en los libros de los sabios é introduce el volumen en octavo, padre de los pequeños volúmenes de la librería y de los rápidos panfletos, legiones innumerables de espíritus invisibles que brillaran como hilos luminosos en la noche, creando ante los ojos mismos de los tiranos la circulación de la libertad».

Este fuego de la imaginación caldea el estilo y le conduce hasta una especie de furor. M. Michelet escribe como Delacroix pinta, y como Doré dibuja, amargándose, hasta los tonos más crueles, yendo á buscar en el lodo las expresiones apasionadas, sacando de la medicina y del lenguaje del pueblo detalles y términos que pasman y espantan y lo cubren todo de metáforas espléndidas que arrojan como una tinta de púrpura sobre todos los puntos que él ha descubierto. Sería hacerle agravio destacar y poner de relieve todas las líneas abominables que ha trazado al hacer la pintura de las costumbres y de la guerra de Italia. El lector se acuerda ante aquellas páginas de Michelet, de su *Historia de la Revolución*, en lo referente á las matanzas del 2 de Septiembre, y la *Glacière d'Avignon*. Nunca creí que la elocuencia humana pudiera elevarse á tal exceso de pasión desesperada para vituperar la matanza, deprimir, abrumar y abatir el alma del lector, espantada é indig-

nada. Hay relatos análogos en la *Historia del Renacimiento*, y es aquí donde le vamos á considerar al autor. Pero lo que vamos á presentar son retratos en los cuales el autor ve, mediante una adivinación de pintor y de psicólogo á la par, el carácter, á través del temperamento, y reconstruye lo moral por lo físico. Véase el retrato que hace del Cardenal d'Amboise: «Vosotros, viendo aquel fuerte tronco de campesino normando, y ante aquella ancha faz de gruesas cejas inclinadas hacia adelante, juraríais que se trataba de uno de los advenedizos que por una sutil labor, un gran trabajo ó una conciencia poco escrupulosa, han conseguido ponerse en cuatro patas.» He aquí ahora el rival de Savonarola: «Se va á buscar en lo posible uno de estos predicadores de encrucijada que tienen el fuego del país en la sangre, uno de estos bordoneños descarados, desvergonzados, que en las ferias de Italia, por la fuerza de sus pulmones y la virtud de una garganta resonante, atraen la concurrencia de marineros é histriones.» La prosa se asemeja aquí á la pintura, y no hay cuadro más saboreable que este retrato.

En el fondo, como se ve, este lenguaje entusiasta es ampuloso; M. Michelet es artista hasta en las más intensas partes de su sér; ¿y qué artista en Francia no tiene *esprit*? Nosotros tenemos *beau faire* (bella manera de hacer): somos todos parientes de Voltaire y de Molière; el sarcasmo acude involuntariamente á nuestros labios; el ridículo nos impresiona desde el primer momento; en medio de todo su lirismo y de sus efusiones de corazón, M. Michelet percibe la cómica á cada

paso. Así es en el retrato de Luis XII, propietario amoroso de su herencia milanesa, que hacía de rodillas la guerra al Papa, era creyente y paciente ante su primera mujer, y tratado por la Iglesia, su segunda soberana, Dios sabe cómo y el diablo también. Así es la historia del Emperador Maximiliano, gran cazador que tenía las piernas de ciervo y el cerebro también. Caballero de industria y condotiero á la par en el campo de los ingleses, y Emperador á razón de cien escudos por día.» Es un trazado digno del mismo Aristófanes. M. Michelet se parece con frecuencia á este gran autor cómico por la audacia original de sus invenciones, la familiaridad de sus alegorías y la ligereza y la facilidad con que ataca á sus adversarios. Se trata de los místicos templados y dice: «Los otros (los escolásticos), marchan torpemente, con los pies trabados, tristes cuadrúpedos que adelantan bien poco; pero los místicos razonables eran animales alados, producían el efecto de volátiles que tendían por momentos pequeñas alas ligadas embridadas, y que llevando los ojos vendados saltan hacia el cielo con un pie desde la tierra y caen de nariz, renovando continuamente el esfuerzo por repetir su volada de ansarón en el bajo curso ortodoxo y á ras del natal pudrigo.»

Tal es este talento tan rico y tan aéreo, mezcla de inteligencia y de entusiasmo, de erudición y filosofía, de gracia amable y de violencia irónica; espíritu creador, si los hay, alma de fuego, donde la pasión, de continuo ardiente, suscita imágenes vívidas, que atraviesan con el mismo vuelo impetuoso todos los

contrastes y cuyos movimientos, tan diversos y extremados, se explican todo, por el predominio de una facultad soberana: la inspiración.

¿Y es esto todo? ¿Nada nos queda que decir? Sí; queda mucho que decir aún. La imaginación inspirada que ha producido en esta obra tanta belleza, es causa también de sus imperfecciones y produce inquietud en los lectores á quienes ha sabido hechizar.

¿Qué impresión deja este libro y qué dice el lector de él? Una sola palabra, y funesta: *dudo*. Que el autor ha producido de buena fe y es muy sabio, todo el mundo lo reconoce. Pero, ¿ha estado todo lo clarividente y lo prudente que se necesita para enseñar la verdad? Nadie lo sabe.

Una obra como la *Historia de Inglaterra*, de Macaulay, lleva consigo su prueba. No me refiero á las citas é indicaciones que, de cuando en cuando, en los bajos de las páginas, vienen allí á justificar los hechos más salientes y á indicar al lector los medios de comprobar el texto: me refiero al orden de las ideas y del estilo. Los acontecimientos están agrupados en clases regulares; todos estos grupos, naturalmente reunidos en torno de una idea predominante; cada hecho, rodeado de explicaciones, sostenido por los otros y ligado al conjunto por un lazo sólido y visible; todas las expresiones, exactas y calculadas; todos los movimientos pasionales, justificados por hechos y razonamientos, sin declamaciones ni hipótesis; las ideas generales, tan fuertemente sentadas como los hechos particulares; por todas partes la razón, el buen sentido, la crítica y la lógica: tales son los fundamentos

sobre que se va levantando la confianza de los lectores y la autoridad del historiador. Cuando un hombre, en el desarrollo de ocho volúmenes, hace ver en cada página y en cada línea, y en cuestiones de toda especie sobre millares de hechos, por una infinidad de detalles, que es preciso que no adelante un paso sin llevar á la mano los documentos, que los interpreta bien y jamás su juicio vacila ni la pasión le conduce, apartamos de él toda desconfianza y aceptamos todas sus indagaciones, entramos en sus creencias y cada uno de nosotros, á su vez, dice: *creo*.

¿Debemos creer á M. Michelet? Por mi parte, después de hacer comprobaciones, respondo que sí, porque cuando se estudian los documentos referentes á una época que él ha estudiado, se experimenta una sensación semejante á la experimentada por él y se halla uno que, en definitiva, las conclusiones de su lirismo adivinatorio son casi tan exactas como las del paciente análisis y la lenta generalización. Pero esta comprobación no tiene autoridad más que para quienes la han hecho y respecto á las cuestiones que han sido objeto de ella. ¿Quién podrá garantizar la verdad de lo restante y qué confianza tendrá el público que no haya hecho tales averiguaciones? ¿Aceptará las ideas cuya prueba no se le ofrece y que son expresadas de un modo que inspira la desconfianza más justa y mejor fundada? Este tono mal templado, esta ebullición desigual de una inspiración ardiente, estas voces del corazón, este ditirambo incesante, ¿son capaces para establecer en nuestra razón una convicción sólida? ¿El autor habla como un profeta,

y en cuestiones de historia no se cree á los profetas? Se ve que los hombres, los acontecimientos y los sentimientos renacen ante él; que los describe á medida que pasan á su vista; que los ha visto en una luz tan viva como los hechos presentes y palpables; pero ¿es aquello una resurrección ó una invención? ¿Este método poético reanima seres muertos ó forja seres fantásticos? ¿En qué prueba apoya su autoridad semejante adivinación histórica y está revelación? ¿Qué se debe pensar de la crítica y del juicio del autor después de las palabras siguientes?: «Baco, San Juan y la Gioconda dirigen hacia vos sus miradas; estáis fascinado y turbado; un infinito se agita sobre vos por un extraño magnetismo. Arte, Naturaleza, porvenir, genio del misterio y la invención, señor de las profundidades del mundo, del abismo desconocido y las edades, ¡hablad! ¿Qué queréis de mí? Este tejido me atrae, me llama, me invade, me absorbe. ¡Yo voy á él, á pesar mío, como el pájaro á la boca de la serpiente!» Este tono es propio de los estados de alucinación mental. ¿Se podrá creer que un hombre turbado así de visiones poéticas y místicas podrá tener siempre con mano firme esta balanza tan delicada, fácil de desequilibrar, en la cual pesa la crítica, con precisión y precaución, las ideas y los hechos de la historia? Quien lea el trozo relativo á Miguel Angel, fragmento extraño que parece escrito por Creutzer ó Niebuhr, grandioso y fantástico, admirable en un comentario de la pintura, pero donde la hipótesis abunda de un modo excesivo y desde el principio, y que la historia rechaza de su

seno porque no sufre en sí misma sino certeza y verdad probada.

Así también rechaza las suposiciones temerarias del autor, que explican *a priori* y en un tono incisivo el carácter de Maximiliano, de Carlos V y tantos otros, combinando las cualidades de las cinco ó seis estirpes que produjeron á sus antepasados. Los historiadores debieran aprender de los naturalistas, que las leyes sobre las especies, verdaderas cuando se las estudia considerándolas en grandes multitudes, son altamente dudosas cuando se las considera en los individuos, y que se desacredita su autoridad atribuyendo á los cruzamientos de familias todas las acciones y todos los sentimientos del hombre en que aquéllas se mezclan al producirlo. Aún hay razón para desconfiar de un autor cuando en su obra se ve erigido en símbolo de una civilización un hecho insignificante ó un particular transformado en representante de una época; tal ó cual personaje, transformado en misionero de la Providencia ó la necesidad; las ideas, encarnadas en personas; los hombres, perdiendo su figura y su carácter real, para venir á ser hombres de la historia. El espíritu del lector se abruma; ve los hechos cambiarse en ideas y las ideas en hechos; todo se funde y se confunde á sus ojos en una poesía vaga que adormece su imaginación por el canto de frases armoniosas, sin que ninguna ley cierta y comprobada pueda afirmarse en medio de tanta hipótesis vacilante y tanta afirmación atrevida. Además, con sus audacias burlonas, Michelet excita las burlas de los otros; es temerario hasta contra el buen sentido;

olvida que ciertas imágenes son grotescas, y no se sabe si debe uno entristecerse ó reírse cuando se le ve presentar como símbolo de las invenciones religiosas del siglo XV el instrumento de iglesia llamado *serpiente*. Añádase, en fin, que tal estilo forzado, sus enlaces de palabras ampulosas, el hábito de sacrificar la expresión justa á la expresión violenta, dando la impresión de un espíritu para el cual la pasión se convierte en enfermedad y que, después de haber falseado voluntariamente el lenguaje, podría falsear involuntariamente la verdad. Decir que «Italia tiene el federalismo en la medula de los huesos», escribir que «Maximiliano Sforza, retraído y avieso, feneció, pero no fué vencido», he aquí singulares exageraciones, tanto más cuanto este estilo febril es ordinario y que la embriaguez, el transporte y la exaltación le son tan naturales como á los demás la salud, la medida y el buen sentido; no cabe mayor afición á estas paradojas de palabras, estos puntos demasiado ingeniosos, dignos más bien de un Claudiene ó de un Ausone que de un gran historiador, que aparecen allí con frecuencia y hacen presentir al sofista y al escritor de la decadencia. Hay una especie de charlatanismo en este modo de expresar la idea más simple, como la de que los jueces son declarados responsables de sus sentencias: «La justicia, justa por sí misma, se castiga, si castiga mal; se aprisiona si ella arresta equivocadamente.» Hay cierta pretensión de hablar de la *ataraxia* de Leonardo de Vinci. Se acuerda uno de que ha llamado en otro punto á los húsares de *Bouillet chauffes á blanc*, por las

promesas de su general. Tales artificios de estilo hacen suponer al lector que el escritor quiere á la fuerza ser admirado, que se ocupa menos de su objeto que de sí mismo y que ha buscado en la historia lo patético y el interés, más bien que la verdad.

Es cierto que la historia es un arte, pero también es una ciencia; pide al escritor inspiración, pero también le pide reflexión; si ella tiene por obrero la imaginación creadora, tiene por instrumento la crítica prudente y la generalización circunspecta; es necesario que sus pinturas sean tan vivaces como la de la poesía; pero también es necesario que su estilo sea tan exacto, sus divisiones tan bien determinadas, sus leyes tan comprobadas y sus inducciones tan precisas como la de la historia natural.

M. Michelet ha dejado ensancharse en él la imaginación poética. Ha cubierto y sofocado las otras facultades que al principio estaban desenvueltas de concierto con ella. Su historia tiene todas las cualidades de la inspiración: movimiento, gracia, ingenio, color, pasión y elocuencia; no tiene las de la ciencia: claridad, presteza, certidumbre, medida y autoridad. Es admirable é incompleta; seduce y no convence. Acaso dentro de cincuenta años, cuando llegue el momento de definirla, se dirá que es la epopeya lírica de Francia.

II

LA REFORMA ⁽¹⁾

Hace cuatro meses, hablando del volumen precedente, traté de describir el talento de M. Michelet; hoy puedo comenzar la misma cuestión sin temor alguno, pues para llegar al fondo de esta naturaleza tan delicada y extraña, es bueno repasarla dos veces.

¿En qué consiste la imaginación inspirada que sus amigos y enemigos le reconocen, y cuál es la fuente de estas cualidades y estos defectos? Otros, como por ejemplo Victor Hugo, ven interiormente con una claridad perfecta de un marcadísimo relieve, los colores y las formas: los objetos reales que subsisten en la Naturaleza, no tienen líneas mejor determinadas ni detalles más minuciosos que los objetos fantásticos que cruzan su cerebro. Pero son pintores más que poetas; comprendían mejor la figura de un objeto que su pensamiento íntimo; se representan más bien las sensaciones que los sentimientos; tienen la imaginación de los ojos, más bien que la del corazón. M. Michelet tiene la imaginación del corazón, más bien que la de los ojos; su potencia mayor es la facultad de ser conmovido; no ve las formas y los colores más que para penetrar en el alma y en la pasión que ellas expresan; no describe jamás por describir; no imagina sino para sentir. Véase la prueba en estos pasajes;

(1) Tomo VIII de la *Historia de Francia*.

comparad las de Víctor Hugo (1) con esta página sobre Fontainebleau, que fué elegido para sus paseos por Francisco I, enfermo y anciano.

«Fontainebleau es, sobre todo, un paisaje de Otoño, el más original, el más salvaje, el más dulce y el más recatado. Sus rocas, caldeadas por el sol, donde se abriga el enfermo; sus sombras fantásticas purpuradas con tintes de Octubre que hacen presentir el invierno; á dos pasos el pequeño Sena, entre doradas uvas: es un delicioso último nido para reposar y vivir aún lo que le restara de vida, una gota reservada de la vendimia.»

Allí lleva sus artistas de Italia, los cuales, entregados á sí mismos, se darán á su vez á los accidentes del genio y á todos los caprichos del arte. «De allí aquellos Mercurios, aquellos mascarones espantosos de la *Cour Ovalé*; de allí aquellos atletas sorprendentes que guardan los baños en la *Cour du Cheval Blanc*, hombres roquizos, que desde hace trescientos años buscan su forma y su alma, testimoniando al menos de que en la piedra está el ensueño innato del sér y la veleidad del porvenir.»

¿No es esta última frase, pasmosa? Ha descubierto aquellos misterios y siente sus fuerzas. La apariencia exterior y sensible, atravesando la imaginación del artista, llega hasta herir su corazón.

(1) Se oía gemir el Simoun mortífero,
y sobre los guijarros blancos las escamas crujir
bajo el vientre de los cocodrilos.
Los obeliscos grises se levantaban de un solo impulso;
como una piel de tigre, se tiende y se alarga,
el alimonado Nilo, salpicado de islas.

El Rosso quita la brida á su corcel enfrenado. No teniendo que hacer más que servir á un solo señor, el cual no quería sino divertirse, y que decía continuamente: ¡*Atreveos!*, ha confundido en la pequeña galería, favorita del enfermo, todas las artes juntamente, con la más fantástica audacia. Nada más desatinado ni más divertido. Triboulet y Brusquet han dado sin duda, su sabio consejo. Lo bello, lo deforme, lo monstruoso, se concebían allí sin disparidad. Pensaríais que Gargantúa y Ariosto se habían armonizado. Sacerdotes gordos, equívocas vestales, héroes grotescos y jóvenes audaces, todas las figuras son francesas. Ni un recuerdo de Italia; estas muchachas, ágiles y lindas; otras, conmovidas, voceadoras; alguna que sufre, y á la cual su vecina toca el pecho con suave mano de hermana; todas estas imágenes encantadoras son nuestras muchachas de Francia, tal como Rosso las hacía venir, sentarse y jugar ante él. Alegres, inquietas y reidoras de verse en el palacio de los reyes; y otras, embotijadas, mohinas y llorando, sin duda de ser demasiado miradas; de todo hay. Aquello es la Naturaleza, y es un arrebató.

Este segundo cuadro pinta para el alma lo que Rosso pintó para los ojos. Ni un epíteto de taller; ni una palabra para marcar la forma de un contorno ó el matiz de un color; todas expresan allí sensaciones, delectación, penas, pensamientos, acciones del sér interior é invisible. Las sensaciones son traducidas en sentimientos, y la pintura en poesía; y esta traducción tan exacta, tan involuntaria, tan dichosa, indica y explica la necesidad más interna y la facultad dominadora del autor.

El primer efecto de este género de imaginación es la elocuencia. M. Michelet está vivamente conmovido y no puede dejar de conmover á los demás. Los acontecimientos que narra le tocan á lo vivo; combate con sus personajes; más bien, combate con las ideas

filosóficas que ama y ve entrar en el mundo para gobernarle. Este volumen, por ejemplo, es una larga defensa hecha del espíritu verdadero, que se esfuerza por nacer y que lleva consigo el arte, la ciencia, la libertad y la humanidad. Los enemigos que encuentra son para el autor enemigos personales. Cada herida que hacen á su ídolo la siente él y la vengá; burlas amargas, insultos ultrajantes, desprecios humillantes, odio y cólera, todas las pasiones violentas se acumulan en él, se desbordan y van rodando contra ellos para anonadarlos. Al mismo tiempo, los transportes de amor, las exclamaciones de gozo, los impulsos de ternura, los gritos de admiración, nacen de ellos mismos al paso de la divinidad que él proclama, que adora y que defiende.

Esta historia es una oda; está compuesta, como una oda, de apóstrofes, figuras temerarias, frases dislocadas, metáforas brillantes; por todas partes allí se oye el canto lírico. El autor siente más que los otros hombres y duda si el fanatismo de Ginebra podrá traspasar la exaltación del siguiente trozo:

Contra el inmenso y tenebroso borde por el cual la Europa iba cayendo á consecuencia del abandono de Francia, hacia falta nada menos que este seminario heroico. A todo pueblo que se hallaba en peligro enviaba Esparta un espartano. Lo mismo hizo Ginebra. A Inglaterra le dió un Pedro Mártir; Knox á Escocia, y á los Países Bajos les dió Marenix: tres hombres y tres revoluciones.

¡Y mientras, comienza el combate! ¡Que por debajo Loyola cruza el subterráneo y por arriba el oro español y la espada de los Guisas deslumbran y corrompen! En este estrecho recinto, sombrío jardín de Dios, florecen para la salud

de las libertades del alma estas sangrientas rosas entre las manos de Calvino. Si se necesita en alguna parte de Europa sangre y suplicios, un hombre para quemar ó para enroscar, tal hombre se halla en Ginebra pronto y preparado, el cual partirá dando gracias á Dios y cantando salmos.

Esta sensibilidad de la imaginación da el instinto histórico, quiero decir el instinto de desenredar, á través de una multitud de hechos y de causas, la causa y el hecho importantes. Ella suple al análisis riguroso y por otro camino llega al mismo fin. Cada manuscrito que el autor descifra, cada grabado que él observa, deja en su espíritu, tras mil impresiones, una impresión dominante. Al cabo de algunos meses, esta emoción, fomentada sin cesar, se convierte en el autor en una pasión y se halla, naturalmente, que es la pasión del siglo. De este modo se hace contemporáneo de las generaciones muertas, de las que ha tomado involuntariamente la manera de sentir; por su capacidad para ser emocionado, recoge los sentimientos que parecen destruidos para siempre y muertos entre el polvo de los viejos libros. La facultad de sufrir y de gozar así al contacto del pasado, es para el espíritu lo que el baño químico delicado es para la placa brillante donde esta la prueba. Uno guarda las impresiones morales, otro las impresiones físicas; y el mismo mecanismo utiliza el arte del fotógrafo, que el talento del historiador.

Tomemos por ejemplo la predicación de Lutero. A no considerar en él más que su doctrina, y por el método ordinario, se le tomará por un enemigo de la libertad y un destructor del hombre. Exagera el dogma

de la corrupción original; escribe el tratado del *serf arbitre*; exalta la gracia más que cualquier jansenista, extrema las doctrinas extremadas de San Agustín y de San Pablo. Pero tomad el otro método: oid, como Michelet, la ruda voz, las efusiones apasionadas, la trivialidad pujante y generosa del tribuno popular; veréis el funesto sistema cambiar en una predicación beneficiosa, la teoría del despotismo producir la práctica de la independencia y el misticismo especulativo engendrar la virtud activa.

Aquel valiente alemán, sensual, brutal, distribuidor de injurias, que atormenta la carne cuya sangre se agita y fermenta como el vino; músico, cantor, poeta, y buen padre de familia, no puede establecer una doctrina escéptica. Es á los lógicos franceses, á los magistrados, á los letrados, á los sabios de Port-Royal, á quien corresponde construir en parte el método de fortificación y de dirección espiritual y hacer que reaparezca ante el mundo «la pálida faz del Crucificado.»

Según quiere el hombre, quiere la doctrina. Proclamada por esta voz pura y fuerte, cándida y heroica, ella fué el pan de los fuertes, un cordial al entrar en batalla: forjó en el hombre la bella ilusión de sentir, latiendo en su seno el corazón de un Dios en lugar del suyo.

¡Mal entendido sublime! Cuando con su palabra tonante hasta hace crujir los tronos. Lutero gritó: *El hombre no es nada*, entendió el pueblo: *El hombre lo es todo*.

Traduzcamos claramente su predicación, repongámosla á la verdadera luz del pueblo: «buenas gentes, se os vende las dispensas de las obras. Reintegrad el dinero á vuestro bolsillo, Dios os salva gratis. De las obras, es la única necesaria

la de creer en El y amarle.» ¡Cosa curiosa! El Papa recomendaba las obras, y todas ellas se reducían á las obras de caja.

Lutero dispensó de las obras y entonces reaparecieron ellas, las verdaderas obras morales, las de piedad y virtud. Él decía: «amad y creed.» Quien ama no tiene necesidad de que se le impongan y se le prescriban obras agradables al objeto amado. Las hará por sí mismo y á pesar de los demás.

Tomemos como segundo ejemplo un descubrimiento muy curioso, hecho por M. Michelet. Ha leído en Rovertson los últimos años de Francisco I. ¿Por qué el rey cambió de política? ¿Por qué se entregó á su rival? ¿De dónde procede esta creciente negligencia, esta impotencia y este descrédito? Los sólidos rozamientos del eclesiástico inglés no explican gran cosa; es necesario, para comprender esta decadencia, tener el hábito de ponerse en el lugar de los personajes y hallar y sentir sus propios sentimientos. Salgamos del consejo donde Rovertson escucha las deliberaciones de los políticos; entremos en la cámara real á escuchar al monarca, asistido por Gunther, y al que Barberouse envía píldoras mercuriales. Ya en 1535 habla difícilmente; la violencia de la enfermedad le ha hecho perder la campanilla; sufriendo y entristecido va á buscar un poco de alegría bajo el sol de Fontainebleau.

Reducido á no gozar más que por los ojos, lee á Ravelais, contempla las bacanales y el carnaval que Rosso pinta en los muros. En 1538 un absceso enorme le pone á dos dedos de la muerte; se le cura apenas por remedio tan terrible como el mal. Quedó hinchado, trastornado todo el organismo, el alma medio muerta. En adelante dejó reinar á Montmorency, luego á los

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Agda. 1625 MONTMORENCY, MEXICO

cardenales; él no hace más que revisar, y sin cesar se abate y recae.

«Tales son las fases extrañas del gobierno personal. El reinado de Luis XIV se dividió en dos partes: *Antes de la fistula y después de la fistula*. Antes, Colbert y las Conquistas; después, Mme. Scarron, las Derrotas y la proscripción de 500.000 franceses. Francisco I lo haría lo mismo: *Antes del absceso y después del absceso*. Antes, la alianza con los turcos, etc.; después, la elevación de los Guisus y la matanza de los valdenses, con la que acabara su reinado.»

Cuando Augusto había bebido, la Polonia estaba borracha.

Poseído de disgusto á la vista de los últimos retratos del príncipe, el historiador ha comprendido dos frases de Hubert y de Brantome, respectivamente. «Ha visto al triste galante» quebrantado, deteriorado, balbuciendo frases confusas, señalando sin leer el orden de destruir á los valdenses, mientras que Diana de Poitiers y el Delfin gozan de la realeza viviendo él.

Aquella alcoba donde trabajaban los médicos é intrigaban los señores, le dió náuseas al entrar, y su sensación le sirvió de crítica y le sirvió bien.

Esta facultad de penetrar en el alma de los personajes, hacía de M. Michelet un psicólogo. Notar al paso los sentimientos más delicados, más singulares y más oscuros; seguir los giros de su línea caprichosa y quebrada, sin fatiga, sin esfuerzo, sin error; plegarse por sí mismo á las ondulaciones incesantes de la pasión cambiante y sinuosa, así como una hoja ligera que se cuele y reaparece con los remolinos inciertos del agua que la conduce, se ha visto ya por la *Histoi-*

re de la direction au XVII siècle cuánto es natural en él este género de imaginación y qué poderoso. Se la reconocerá aquí en la explicación que el autor da de la pasión que la pobre Margarita tuvo por Francisco I, su hermano. Hija menor del poeta Carlos de Orleans, poetisa, sabia, dotada de un ansia infinita de saber y de una hechicera finura; un poco mística, delicada, nerviosa, enfermiza, ella ama al rey toda su vida únicamente, como á un hermano, como á un hijo, como á un Dios. «Lo que admira y lo que confunde de ella es la invariable permanencia de un sentimiento, siempre el mismo, que no experimenta ni desmayos, ni crisis de disminución ó de agravación, ni altos ni bajos: jamás el arco fué tan constantemente tenso.» La viva y ardiente imaginación había hecho presa en ella para siempre. Fué sacrificada, según la regla ordinaria; sufrió sin cesar, que tal es el lote de aquellos que aman mucho. Se hubiese adivinado así por adelantado, viendo el contraste de esta frágil, gentil y pensativa criatura, y él, vigoroso, gallardo, cazador, hombre de armas, tres veces egoísta á título de niño enfermo, de fatuo sensual y de rey. Es brusco y desigual con ella; de cuando en cuando siente por Margarita accesos de ternura, por ejemplo cuando él se considera desgraciado; después la abandona ó la maltrata, y no ve que para un alma tan tierna todos los golpes son dolorosísimos; un día, por capricho, rebajado su corazón por los goces vulgares, «concibió la idea indigna de ver hasta dónde llegaba su poder sobre una persona tan devota á la suya. Ella huyó «más que muerta»; y temiendo aún haber mortificado á este sér tiránico y bru-

tal, le escribió una carta humilde, llorosa, suplicándole que fuese generoso y que le hiciera gracia de no exigir de ella más de lo que ya tenía: la entera, la absoluta, la eterna posesión de su corazón. El rey, impaciente y por complacer á su dueña, acabó por desposar á la que le había salvado de su prisión de Madrid, con el joven Albret, rey sin reino. «Ella lamentaba el destierro, la pobreza, la ruina; lloraba, como decía, hasta quebrantar las piedras.» Es verdad que él, á manera de reconocimiento, le había señalado una pensión. Ya habéis visto estos finos é impresionables análisis, y volvéis á ver en el historiador de Margarita el mismo de madame Chantal.

Pero la sensibilidad de imaginación es un instrumento tan peligroso como útil. Guía y entorpece. Reune en masa los descubrimientos y los errores. Ninguna clase de talento penetra al lector con impresiones más vivas ni más opuestas. Se admira al autor y se rebela uno contra él en la misma página. Se tira con despecho el libro y se recoge con entusiasmo nuevamente. Asombra en todos los casos, lo mismo con el mal que con el bien. Recuerda á aquellos ciegos de Escocia, cuya vista maravillosa cala los muros, franquea el espacio, arrancan los secretos por una revelación profética, y tropiezan en cambio contra la primera piedra que hallan en su camino.

Se comprende que explicando la religión de los valdenses hable así de los Alpes: «Sus nieves bienhechoras, en su austeridad terrible, que dan á Europa las aguas y la fecundidad, y vierten sobre ella al mismo tiempo la luz y la fuerza moral.» ¡Qué! Si hay

hombres valerosos y sensatos en Alemania, en Inglaterra y en Francia, ¿es que reflejan el aspecto de las nieves que los ha producido?

Se comprende que refiriendo los efectos del advenimiento de Carlos V y la reunión de tantos Estados, bajo su cetro, dijera de España: «La España, como un toro herido que se perfora con sus propios cuernos, se muestra furiosa. ¿Contra quién? Contra ella misma. Robada por los flamencos, ella va á robarse á sí misma. Indigente por obra de ellos, se hace mendiga, destruyendo á los moriscos.» ¿Es concebible que un toro se perfora con sus propios cuernos? ¿Creerá nadie que España expulsara á los moriscos por *furor contra sí misma*?

¿Se comprende que el historiador del pueblo, el apóstol de la sabiduría de las multitudes, el lúcido revelador de las grandes causas, declare que si el Elector hubiese entregado á Lutero habría cambiado el porvenir del mundo? «La Reforma, ahogada de una vez, hubiera dejado al viejo sistema reproducir su podredumbre apaciblemente; y no habiendo nada de protestantes entonces, ni de jesuítas; nada de jansenistas, nada de Bossuet, nada de Voltaire, otra hubiera sido la escena del mundo.» ¿Sabéis que las causas del protestantismo en Francia fueron las devastaciones de Carlos V? «Estas terribles calamidades y el rebajamiento y el desprecio de sí misma en que Francia cae, la arrojaron en la mística desesperación y en el llamamiento á Dios que se llama Reforma.»

El mecanismo de estas extrañas afirmaciones es visible. Una idea entra de improviso en este alma tan

sensible; la forma y la transporta, como una visión. Sobre un hombre de otra clase no produciría tal efecto; él permanecería tranquilo en su poltrona, examinaría la hipótesis y acabaría por abandonarla, encontrándola demasiado frágil. Pero sobre éste, aquella idea obra tan fuertemente como una verdad evidente; la emoción la transforma en convicción; siente con tanta violencia, que él no podría dejar de creer; las causas de duda son borradas; él no percibe más que sus ensueños. Afirma la cosa como si fuera real y presente; para él, en efecto, es real y presente, y no la vería mejor si al momento de afirmarla se mostrase en realidad ante sus ojos. Su vivísima emoción le impide dudar cuando compone, y le impide ser claro cuando escribe. Y suponiendo un hombre que sienta demasiado, ¿podrá sujetarse á seguir lógicamente y en tono de narrador el hilo de los acontecimientos ni á exponerlos tal como se han realizado, ni á reflejar el pasado como un espejo, añadir nada aparte de su emoción personal, hacer abstracción de sí mismo y no aparecer él en su propio relato? Al contrario: á cada instante romperá la narración, saltará de un siglo á otro y de uno á otro país, para mencionar las relaciones súbitas donde se aventura su imaginación desenfundada; explicará un retrato de Margarita, por un retrato de Fenelon; mezclará una discusión de textos con el relato de una batalla; llamará á Anquetil Duperron y á Eugenio Burnouf en socorro de Rucelino y de Pico de la Mirandola; recorrerá, mediante viajes insólitos y sorprendentes, todo el reino de la fantasía y todas las regiones de la realidad;

forzará al lector, desorientado (al cual le contraría dirigirse á tierra y marchar sobre la gran ruta trillada y fácil y á paso de paseo), á volver con él á los dominios del aire, franqueando con una mirada montañas y precipicios; aturdido, deslumbrado con la violencia de su impulso y de los caprichos de su guía, incapaz de reconocer su camino ni de distinguir nada que no sea el vuelo furioso de su marcha involuntaria y el soplo de fuego del genio alado que le lleva consigo. Con la continuidad natural de los hechos desaparecerá el color natural de los mismos. Su narración se transforma en exclamaciones, en gritos de alegría y en sangrientas invectivas. Decía yo hace un momento que formaba una oda. ¿Y una oda es cosa fácil de comprender? Tomad arena, minerales, hierro, rocas, tal como las encontráis en la Naturaleza y como os las presentan las montañas y los valles; arrojadlos en un hornillo encendido: se abrasarán, se empastarán y fundirán; las llamas serpentean, se arremolinan, silban, chispean sobre la tenue claridad que enrojece el antro mugidor. Es un caos extraño y terrible en que todas las realidades se alteran y todas las formas se confunden; donde no subsiste nada de lo que habéis visto en el campo; donde sólo la mirada del alquimista puede reconocer, bajo su figura nueva, las piedras y los metales calcinados, transformados ó torcidos: tal es la imagen de esta historia; se tiene necesidad de traducirla. Para comprenderla se necesita despojar los hechos de su apariencia oratoria; separar la cubierta brillante de alegorías y de metáforas, que envuelven y ocultan las ideas generales; cambiar la fan-